

Capítulo 6

Formación de Hermanos Vicencianos después del Seminario Interno

Célestin Farcas, C.M.

Provincia de Tolosa

En este capítulo seis de la nueva *Ratio Formationis* de la Congregación, el foco se centra en la formación de hermanos laicos después del Seminario Interno y antes de la emisión de los Propósitos. Es un periodo crucial en la vida del Hermano, en lo que se refiere a su vocación, y un tiempo fundamental para aceptar su futuro compromiso en la Congregación. El capítulo seis se compone de cuatro secciones esenciales que son importantes para la preparación de los Hermanos durante su formación. Examinemos esto mucho más estrechamente en este capítulo.

La *Ratio*, en esta primera sección del capítulo, nos recuerda la identidad y vocación del Hermano en la historia de la Iglesia. Desde los primeros siglos, siguiendo las enseñanzas de Jesucristo, toda persona bautizada es un hermano o hermana y es responsable el uno del otro. Con la aparición de las órdenes monásticas, congregaciones, y más recientemente las sociedades de vida apostólica, el concepto de hermano laico abre nuevas perspectivas y compromisos. Hoy, sin indagar demasiado en la historia o centrarse en términos canónicos, podemos decir sencillamente que el Hermano es un laico que se compromete con votos a seguir a Cristo y se pone él mismo al servicio de la Comunidad Cristiana.

Según San Vicente, no hay duda sobre la naturaleza de la vocación de los hermanos laicos. Son personas dedicadas y misioneros auténticos, y, aunque no sean clérigos, son apóstoles. A través de su servicio como hermanos, cooperan al ministerio de la Iglesia. “*Así, señores, si los Hermanos trabajan por el Evangelio, o rezan por la conversión de las gentes, hacen penitencia, si ayunan y trabajan por la santificación del clero y del pueblo, quiere decir que son partícipes y colaboradores del bien que se hace en las misiones, seminarios, ordenaciones, pensiones, etc.*” (XII, 98).

Los Hermanos son verdaderos misioneros; San Vicente los valoraba y apreciaba su trabajo: Les dio oficios que iban a tono con sus cualidades y habilidades personales. Nuestras Constituciones nos dicen que “*los laicos, que entre nosotros se llaman Hermanos, están destinados al*

apostolado de la Iglesia y de la Congregación, y lo cumplen con obras adaptadas a su condición” (C. 52 & 2).

San Vicente con frecuencia utiliza la palabra “laico” para caracterizar a los Hermanos, esto es, para mostrar la importancia de su identidad en la Congregación, y promover a través de ellos la condición del laicado en la Iglesia. La justificación sobre la vocación del Hermano emerge del compromiso bautismal, juntamente con una llamada a contribuir al trabajo de la evangelización de un modo especial. Esto a su vez en un enriquecimiento de nuestra fe en Cristo Jesús.

La *Ratio* nos presenta las metas y el contexto de formación. Se trata principalmente de ayudar a un hermano a descubrir su futuro compromiso en la Congregación según su personalidad y experiencia, y ayudarle a encontrar su lugar en la Congregación para que pueda desarrollarse humana y espiritualmente. Para realizar eso, la *Ratio* le da los medios para la formación profesional a la luz de sus habilidades físicas e intelectuales, para prepararse a su apostolado futuro en la Congregación.

Nuestra Congregación establece que, “*Los Hermanos han de aplicarse gradualmente al apostolado para que aprendan a ver, juzgar y hacerlo todo a la luz de la fe, y a formarse y perfeccionarse con los demás mediante la acción*” (C. 92).

Si preguntamos a nuestros hermanos mayores sobre su formación profesional, con frecuencia utilizarán estas reveladoras frases desafortunadas: “*yo aprendí en el oficio*”, o “*fue otro Hermano el que me enseñó*”. Su maravilloso compromiso muestra que esta forma de transmisión era funcional durante un tiempo. Con la disminución de Hermanos hoy, y especialmente con la progresiva desaparición del número de profesionales, el viejo estilo de entrenamiento ni funciona ni debería funcionar. En los últimos cuarenta años, el apostolado de los Hermanos ha cambiado. Antes, en algunas casas grandes de la Congregación, había cinco o seis Hermanos, y cada uno especializado en un campo particular: cocinero, sastre, zapatero, carpintero, enfermero, etc. Hoy, los Hermanos han pasado de lo que una vez era solamente “obligaciones domésticas” a actividades pastorales. Son capaces de combinar ambas todavía: por ejemplo, de la cocina por la mañana, visitar al enfermo por la tarde y terminar el día enseñando en un grupo de catequisis por la noche. Estas diversificaciones del apostolado traen nuevos retos, pero también nuevos requisitos para asegurar que los Hermanos reciben buena formación.

La *Ratio Formationis* es innovadora en cuanto que promueve la posibilidad de establecer y apoyar un entrenamiento más acorde con los oficios de la persona. Pasamos del concepto de “formación” utilizado por las Constituciones al concepto de que uno “tiene que ser formado”. Ya no tenemos que aprender en el oficio, porque el mundo en el que realizamos nuestra misión requiere más profesionalismo. Por esa razón,

el tiempo de formación es un periodo favorable para los Hermanos y debe impulsar el beneficio de una sólida y buena formación.

Para hacer esto, en la tercera sección, la *Ratio* describe los objetivos y estrategias a seguir. Son bases de orientación para ayudar en la formación espiritual, apostólica y humana de los Hermanos. Son semejantes a las luces principales al lado de la carretera para ayudarnos a ver claramente durante la noche. Estas dimensiones importantes son: Vicenciana, humana, espiritual, intelectual, pastoral y comunitaria. Todas estas líneas son cruciales durante y después de la formación.

– **El eje Vicenciano de formación:** Este es la continuidad de la formación Vicenciana, cuya base hemos recibido durante el Seminario Interno. Implica una profundización del conocimiento de nuestro carisma, y cómo encontrar caminos para promover su aplicación práctica. Como Hermano, con frecuencia se me pide explicar nuestro carisma, o dirigir charlas a grupos en el camino de nuestro carisma, y eso requiere no solamente conocimiento, sino una conciencia ejemplar de su significado y valor. Hay que dedicar tiempo para profundizar nuestro conocimiento del carisma, intentando comprender nuestro compromiso por los votos, apoyando el espíritu de disponibilidad para la misión, cosas beneficiosas para nosotros, para la Congregación y para las personas con las que trabajamos. Debemos utilizar este tiempo de gracia para profundizar nuestra espiritualidad y poder más fácilmente vivir su riqueza y beneficiar a otros.

– **Formación humana:** para apoyar la importancia y necesidad de esta dimensión de formación, me refiero aquí a un reciente documento clave de la Iglesia para sintetizar mis pensamientos:

“La dimensión humana y fraterna de la vida consagrada exige el conocimiento de sí mismo y de los propios límites, para obtener el estímulo necesario y el apoyo en el camino hacia la plena liberación. En el contexto actual revisten una particular importancia la libertad interior de la persona consagrada, su integración afectiva, la capacidad de comunicarse con todos, especialmente en la propia comunidad, la serenidad de espíritu y la sensibilidad hacia aquellos que sufren, el amor por la verdad y la coherencia efectiva entre el decir y el hacer” (Vita Consecrata 71).

“Estar en paz consigo mismo”, ser recto consigo mismo y con los otros, sentirse bien con sus propias habilidades y limitaciones es un proceso que dura toda la vida. La formación humana permite a los Hermanos descubrirse a sí mismos fuera del ámbito de sus familias, en un entorno más amplio como es el de la Congregación, donde el enfoque se centra en la misión. Con la guía de los formadores, los Hermanos pueden ajustarse a las exigencias de la misión, tanto en el ser como en el hacer.

– **Formación espiritual:** *“Para que esta Congregación consiga con la ayuda de la gracia de Dios, el fin que ha elegido para sí misma, es menester que trate con todas sus fuerzas de revestirse del espíritu de Cristo, espíritu que brilla sobre todo en las enseñanzas evangélicas; en su pobreza, castidad y obediencia; en el amor hacia los enfermos; en su modestia; en el estilo de vivir y de actuar que enseñó a sus discípulos; en el trato diario; en las prácticas diarias de piedad; en las misiones y otras actividades que tuvo con las gentes. Todas estas cosas se exponen en los siguientes capítulos”* (RC I. 3).

Siguiendo las recomendaciones de nuestro Santo Fundador, cada misionero está llamado a revestirse del espíritu de Jesucristo. Nuestra vida es una permanente asimilación a Jesús, pero particularmente durante este tiempo de formación, donde los Hermanos tienen una oportunidad de centrarse más en la espiritualidad de nuestra Congregación. Si hacemos un uso correcto de estas prácticas y tradiciones de vida espiritual, podremos vivir una vida bien equilibrada entre lo espiritual y lo material.

– **Formación intelectual:** teniendo en cuenta la evolución del apostolado de los Hermanos en la Congregación hoy se requiere estudiar y reflexionar en teología y espiritualidad, y recibir alguna formación profesional en estas áreas. Algunos Hermanos entran en la Congregación con unos antecedentes de formación profesional o teológica, mientras otros vinieron sin formación alguna. La *Ratio* fomenta la oportunidad de buscar una formación profesional según las capacidades de la persona y las necesidades de la Misión. No obstante, hay una necesidad de alguna formación teológica básica. Ambas son necesarias para que el Hermano se encuentre a gusto en sus futuros ministerios.

En tiempo de San Vicente, los Hermanos tenían muchas responsabilidades distintas en el dominio temporal, tales como el Hermano Alexander Veronne, que estaba encargado de la capilla en San Lázaro, su órgano, la farmacia, enfermería, cocina y lavadero. Todos nosotros hemos conocido algunos Hermanos que han tenido responsabilidades parecidas a lo largo de su vida, pero hoy son excepciones. En nuestra configuración actual de la Congregación, los Hermanos son llamados con frecuencia a cambiar su apostolado pasando de responsabilidades materiales a responsabilidades pastorales y viceversa.

– **Formación pastoral:** Estamos en el área de acción aplicando el aspecto práctico pastoral. Como Vicencianos, debemos confrontar la realidad de la Iglesia, la sociedad, y los pobres que estamos llamados a servir a lo largo de nuestras vidas. Este tiempo de formación ayuda a los Hermanos y a sus formadores a discernir y tomar orientaciones para el futuro compromiso en el trabajo pastoral. Nuestra Congregación tiene multitud de formas para servir al pobre que un Hermano puede asumir, tales como escuelas, ayuda a los emigrantes, visitas a

los enfermos, trabajos con los transeúntes y los sin techo, visitas a los hospitales, las prisiones, o los lugares donde se reúnen los pobres o donde viven en la marginación. Estas actividades, juntamente con el servicio en parroquias como catequistas o acompañantes de distintos grupos eclesiales, deben dar a los Hermanos una idea de lo amplio que es el radio de acción y las muchas oportunidades disponibles. Los Hermanos pueden ser afortunados al tener tales oportunidades para indagar en muchos tipos de ministerio pastoral, incluso aunque tengamos que “aprender en el oficio”.

– **Formación comunitaria:** *“Nos esforcaremos, sobre todo mediante la práctica de ‘las cinco virtudes’, en llevar una vida comunitaria animada por la caridad, de manera que llegue a ser para el mundo signo de la novedad de la vida evangélica”* (C. 24).

San Vicente quería que las comunidades estuviesen centradas en Jesucristo para que pudiesen servir al pobre, viviendo en sencillez y humildad con caridad fraterna y mutuo apoyo. La comunidad es nuestro “hogar”, donde necesitamos sentirnos bien y seguros de que nuestros compañeros se sienten acogidos. Sentirse bien en su comunidad es la clave para una realización más plena en el apostolado. Vivir en comunidad no es fácil, se necesita tiempo para adaptarse, trabajar en la propia personalidad y reflexionar sobre las razones de por qué y cómo estamos llamados a vivir y adaptarnos a la vida comunitaria. El Hermano en formación tiene la oportunidad de descubrir una comunidad en la Misión, adaptarse él mismo al ambiente de la vida comunitaria, y vivir con los otros misioneros una experiencia positiva. Los seis ejes de la formación de los Hermanos son útiles para una buena preparación a la vida comunitaria y nuestros Hermanos laicos tienen todo lo necesario para llevar a cabo sus futuros ministerios.

La cuarta sección de este capítulo presenta unos pocos criterios para la evaluación de este programa de formación y establece el perfil para ser Hermano. En efecto, para comprender el éxito o el fracaso de este programa, es importante dar tiempo para la evaluación tanto de los candidatos como del método de formación. Durante el periodo de entrenamiento, al Hermano se le pide que adquiera ciertas actitudes, formas de hacer y ser, conocimiento, y ser de mente abierta.

Este perfil está ahí para ayudarle a autoevaluarse y juntamente con sus formadores proyectar el futuro. Para concluir, doy gracias a Dios por esta *Ratio Formationis*, bien elaborada, que proporciona un contexto para que futuros hermanos consigan una formación adecuada en la vocación y misión.

Jean-Pierre Renouard dijo en un retiro que predicó para los Hermanos: “Temo que todavía hayamos tenido un punto de vista simplista sobre la vocación de hermano, porque por experiencia les hemos conocido como jardineros, cocineros, zapateros, sastres, limpiadores...”.

En otras palabras, hemos estado más atentos a lo que hacían que a lo que son. En la misma naturaleza de su vocación, tenemos que estar atentos al hecho de que ellos son antes que nada misioneros, y que su acción debe ser una prioridad apostólica... Y en segundo lugar, dedicado a tareas materiales.

Este tiempo de formación permitirá a los Hermanos comprender mejor la vocación que es suya, profundizar su identidad y encontrar su lugar en su apostolado, sentirse valorados por lo que son y por lo que hacen. Diariamente en comunidad rezamos el *Esxpectatio Israel*, nuestra oración comunitaria por las vocaciones. Me gustaría terminar con esta oración por las vocaciones, y, en particular, para promover vocaciones para Hermanos Vicencianos. En un momento en el que parece que la vocación de Hermano está desapareciendo de nuestra Congregación, oremos al Señor, por intercesión de San José, que suscite hermanos celosos que se unan a nosotros en la Misión.

San José, que velaste sobre la Sagrada Familia, vela sobre nosotros. Mediante tu ejemplo de humildad, caridad, celo y coraje, como hizo Jesús, danos vocaciones de hermanos laicos en nuestra Congregación de la Misión, para servicio de la Iglesia y nuestros hermanos los hombres. De este modo, que esto traiga paz a nuestros corazones, y nos transforme como pueblo de servidores amantes como Jesús en un mundo conmovido por el odio. Te presentamos todas estas intenciones, a ti que eres nuestro modelo de servicio humilde y amoroso, y te pedimos que las presentes a Jesús tu hijo adoptivo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Traducido del inglés por FÉLIX ÁLVAREZ SAGREDO, C.M.